Opinión del Maestro Don José Vasconcelos

JOSE VASCONCELOS
BIBLIOTECA MEXICO
PLAZA DE LA CIUDADELA NUM. 6
MEXICO, D. F.

Junio 3 de 1954

Sr. Don ALFONSO TRUEBA.
Editorial "Campeador".
C i u d a d .

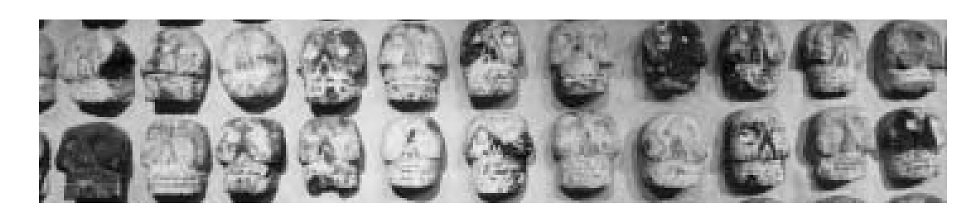
Muy estimado amigo:

Lo saludo con emoción, la emoción rara de descubrir a un escritor de cepa. Al abrir el paquete postal que traía sus cuadernos, dí con el de Hernán Cortés: excelente, y esto ya me obligó a continuar la lectura. El folleto dedicado a Santa Ana está escrito con brillantez, valentía veracidad y dramatismo. La influencia del poinsettismo en todo el proceso, está presentada con una franqueza única. En lo que yo conozco de história aun escrita por los conservadores, parece haber ignorancia o temor de señalar la influencia masónica; usted la apunta con sencillez; todo eso de la "quinta columna" formada por yorquinos, es de una lucidez ejemplar.

Toda felicitación me parece corta. Todo está escrito con una pasmosa libertad de expresión y por lo mismo resulta fuerte y convincente. Me pregunto, ¿de dónde ha salido usted?. Lo único que me parece por el momento, necesitado de corrección, es la forma de lanzar todas estas verdades deslumbradoras en folletos necesariamente desligados uno del otro. Es urgente ligarlos en volumen coherente, pero de todos modos, y tiempo habrá para esto, lo que quiero es enviarle mi felicitación más calurosa. Confío en que he de conocerle. Hace tiempo tengo en la cabeza un plan para un libro continental que sólo una persona como usted puede llevar adelante.

Me suscribo su amigo y S. S.

Alfonso Trueba



Huichilobos



4ª EDICIÓN

México, D.F. 2012

De todo escapaba un vaho hediondo de sangre. Era preciso que este delirio religioso terminara; bendita la cruz o la espada que marcase el fin de los ritos sangrientos.



JUSTO SIERRA.
(*Evolución Política del Pueblo Mexicano, cap. II*)

Al formular el filósofo Samuel Ramos la pregunta: ¿existen en México numerosas personas veraces? [1] planteó, a nuestro juicio, una de las cuestiones más importantes al bien de la nación que puedan ser sometidas en un examen colectivo de conciencia que practicáramos los mexicanos.

El mismo filósofo responde indirectamente a la pregunta cuando dice que "la verdad no es, en manera alguna, una necesidad de nuestra vida social y política; toda ella está encubierta por una tupida red de apariencias engañosas, de mentiras convencionales que se juzgan necesarias a su mantenimiento y colocan a la verdad en la situación de un objeto indeseable".

Y es que "no es fácil someterse a una constante exigencia de verdad, porque no siempre ésta es agradable, ni responde a los más íntimos deseos de la voluntad".

Por esta razón, o sea, porque la verdad suele ser ingrata y molesta, fugitivos de ella, nos hemos asilado en un mundo de ficciones tan absurdas como las que puede crear el uso de la mariguana. Parece que vivimos bajo el efecto de alguna droga que deliberadamente hemos consumido para evitar el contacto de la realidad que nos hiere.

Esto explica, en parte por lo menos, el falseamiento de los hechos históricos. Hay en nuestro pasado verdades que nos deprimen, que nos rebajan, y en vez de, encararlas, las rehuímos cobardemente y creamos una imagen en la que pretendemos vernos reflejados, y nos recreamos en ella, aunque esa imagen sea falsa, y a veces ridículamente falsa.

---

(1) *El Perfil del Hombre y la Cultura en México*, Ed. Espasa Calpe, p. 134.

Así, al investigar cómo eran, qué hacían, qué clase de civilización construyeron nuestros antepasados indígenas, hallamos una porción de noticias que nos revelan hechos incompatibles con la idea de grandeza que acerca de ellos teníamos preformada; entonces apartamos esa verdad desagradable de nuestra mente y creamos una ficción a nuestro gusto.

Pues bien, un pueblo que se refugia en la mentira es un pueblo perdido. No mejorará nunca. Vivirá en una "inmutabilidad egipcia", como también dice don Samuel Ramos, porque de la nada es imposible derivar algo.

En las hojas que siguen exponemos un aspecto de la civilización de los antiguos mexicanos, o sea su religión, su idolatría antropofágica y monstruosa. No expresamos ninguna novedad, pues de lo que se habla aquí todo mundo sabe algo; únicamente recordamos hechos que es útil tomar en cuenta, y los recordamos sin desfigurarlos, sin alterar ninguno de sus elementos ¿con qué propósito? Con el de que nos contemplemos en el claro y verdadero espejo de nuestra historia y desterremos fábulas y patrañas que estorban nuestro paso por el mundo.

Sólo quien es veraz es fuerte. Nuestra debilidad como pueblo es quizá un resultado de la mentira, y la mentira es al mismo tiempo origen de nuestra debilidad. Seamos veraces, y siéndolo empezaremos a aprender a ser fuertes.

La civilización de los antiguos mexicanos está dominada por el pavor que se refleja en las figuras de sus dioses. El mayor de éstos era *Huitzilopochtli*, a quien los conquistadores llamaron Huichilobos.

Según la leyenda, *Huitzilopochtli* o Huichilobos fue hijo de una mujer muy devota de los ídolos, de nombre Coatlicue. Cuando los hijos de ésta intentaban matarla para evitar la afrenta del nacimiento de un hermano de padre ignorado, salió *Huitzilopochtli* del vientre de la madre, con un escudo en la mano izquierda, un dardo en la derecha y un penacho verde en la cabeza; la cara listada de azul, la pierna izquierda adornada de plumas y listados también los muslos y los brazos. Inmediatamente que salió a luz, hizo aparecer una serpiente de pino y se arrojó a los hermanos con tanto ímpetu, que a pesar de sus esfuerzos, sus armas y sus ruegos, todos fueron muertos, y sus casas saqueadas, quedando los despojos en poder de la madre. Este suceso consternó a todos los hombres, que desde entonces lo llamaron *Tetzahuitl* (espanto), y *Tetzauhteotl* (dios espantoso)[1]

Convertido en hechicero, o mediador ante los dioses, condujo a los mexicanos en su peregrinación y los estableció en el sitio en que después se fundó la ciudad de México. Era *Huitzilopochtli* —al que llamaban también *Mexitli*, de donde deriva el nombre de México—, de grandes fuerzas y muy belicoso, destruidor de pueblos y matador de gentes. Por su fortaleza y destreza en la guerra le tuvieron en mucho los mexicanos cuando vivía, y

---

(1) Clavijero Francisco J. (Cl.), *Historia Antigua de México y de su Conquista*, libro VI.

muerto le honraron como a dios, sacrificándole el mayor número de víctimas humanas [2].

El nombre *Huitzilopochtli* es demasiado poético para una deidad insaciable de sangre: quiere decir colibrí zurdo (de *huitzilon*, nombre de la chuparrosa o colibrí, y *opochtli*, siniestro). Se le llamó así porque tenía en el pie izquierdo unas plumas de aquel pájaro.

Su estatura era gigantesca y representaba un hombre sentado en un banco azul, con cuatro ángulos, de cada uno de los cuales salía una gran serpiente. Su frente era también azul, y la cara estaba cubierta de una máscara de oro, igual a otra que le cubría la nuca. Sobre la cabeza tenía un penacho en forma de pico de ave; en el cuello una gargantilla de diez figuras de corazones humanos; en la mano derecha un bastón espiral y azul, y en la izquierda un escudo, en que había cinco bolas de plumas dispuestas en cruz. De la parte superior del escudo se alzaba una banderola con cuatro flechas, que según los mexicanos, le habían sido enviadas del cielo. Tenía el cuerpo rodeado de una gran serpiente de oro, con figurillas de animales hechas de pedrería. Cada uno de los adornos e insignias tenía su significación particular [3].

Según Bernal Díaz, la estatua de Huichilobos "tenía la cara y rostro muy ancho, y los ojos disformes y espantables, y en todo el cuerpo tanta de la pedrería e oro y perlas e aljófar pegado con engrudo, que todo el cuerpo y cabeza estaba lleno d'ello... e tenía puestos al cuello el Huichilobos unas caras de indios y otros como corazones de los mismos indios, y estos de oro y de ellos de plata con mucha pedrería azul; y estaban allí unos braseros con incienso, que es su copal, y con tres corazones de indios de aquel día sacrificados; y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañadas y negras de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedía muy malamente" [4].

---

(2) Sahagún, Fray Bernardino de (Sah.), *Historia General de las Cosas de Nueva España.* Tomo I, Libro I, Cap. I.

(3) Cl. Lib. VI.

(4) Díaz del Castillo Bernal (B.D.C.), *La Conquista de Nueva España*, Cap. 92.



Huichilobos



EL GRAN TEOCALI

Este hombre deificado, que fue "nigromántico, amigo de los diablos, enemigo de los hombres, feo, espantable, cruel, revoltoso, inventor de guerras y de enemistades, causador de muchas muertes, alborotos y desasosiegos" [5] recibía culto en el *Gran Teocali* (de *teotl*, dios y *cali*, casa), o sea en el templo mayor erigido en el corazón de Tenochtitlan.

El *Gran Teocali* era un vasto recinto dentro del cual habría cabido, según Cortés [6], una villa de 500 hogares. Estaba cercado por una tapia de 2 a 3 metros de altura, llamada el *coatepantli* (*cóatl*, culebra; *pantli*, muro) y la coronaban unos merlones o almenas con gigantescas figuras de cabezas de serpiente, labradas en piedra. Tenía 4 puertas que miraban a los 4 puntos cardinales.

El patio, que estaba dentro del recinto exterior del muro, estaba empedrado de piedras lisas y bruñidas. En medio del patio se alzaba una pirámide truncada, toda maciza, revestida de ladrillos cuadrados e iguales, y compuesta de 5 cuerpos. Se subía a la plataforma superior por una escalera de 114 gradas de alto peralte y corta huella. (Cuando Cortés acabó de subir esta pesada escalera, Moctezuma, que se hallaba en lo alto de la pirámide, lo recibió con estas palabras: "Cansado estaréis, señor Malinche, de subir a este nuestro gran templo". La respuesta de Cortés fue muy castellana; le dijo: "Ni yo ni mis soldados nos cansaremos en cosa ninguna") [7].

En el extremo oriental de la mesa de la pirámide se alzaban dos torres, minúsculas en comparación con la base de sustentación, lo cual es un "carácter propio del arte bárbaro que para ser imponente, a falta de medios arquitecturales con que adueñarse del espacio y lanzarse a la altura, apela a las masas

---

(5) Sah., T. I., Cap. XVI.
(6) Cortés Hernán, *Segunda Carta de Relación.*
(7) B. D. C., Cap. 92.